

## TEXTOS PARA LEER EN VOZ ALTA



### Sorpresa

Muerto se quedó en la calle  
con un puñal en el pecho.  
No lo conocía nadie.  
¡Cómo temblaba el farol!  
Madre.

¡Cómo temblaba el farolito  
de la calle!  
Era madrugada. Nadie  
pudo asomarse a sus ojos  
abierto al duro aire.  
Que muerto se quedó en la calle

que con un puñal en el pecho  
y que no lo conocía nadie.

FEDERICO GARCÍA LORCA

---

Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas.

FEDERICO GARCÍA LORCA

---

A veces quiero preguntarte cosas,  
y me intimidas tú con la mirada,  
y retorno al silencio contagiada  
del tímido perfume de tus rosas.

A veces quise no soñar contigo,  
y cuanto más quería más soñaba,  
por tus versos que yo saboreaba,  
tú el rico de poemas, yo el mendigo.

Pero yo no adivino lo que invento,  
y nunca inventaré lo que adivino  
del nombre esclavo de mi pensamiento.

Adivino que no soy tu contento,  
que a veces me recuerdas, imagino,  
y al írtelo a decir mi voz no siento.

GLORIA FUERTES

---

## Poema 20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Escribir, por ejemplo: "La noche esta estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos".  
El viento de la noche gira en el cielo y canta.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.  
En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.  
Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.  
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.  
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.  
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
La noche está estrellada y ella no está conmigo.  
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Como para acercarla mi mirada la busca.  
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.  
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.  
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.  
Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos,  
mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

PABLO NERUDA

---

---

DON JUAN:

¡Ah! ¿No es verdad, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?  
Esta aura que vaga, llena  
de los sencillos olores  
de las campesinas flores  
que brota esa orilla amena;  
esa agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor  
la barca del pescador  
que espera cantando el día,  
¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?

DOÑA INÉS:

¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
sino caer en vuestros brazos,  
si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí?  
No, don Juan, en poder mío  
resistirte no está ya:  
yo voy a ti, como va  
sorbido al mar ese río.  
Tu presencia me enajena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.  
¡Don Juan!, ¡don Juan!, yo lo imploro  
de tu hidalga compasión  
o arráncame el corazón,  
o ámame, porque te adoro.

*Don Juan Tenorio*, JOSÉ ZORRILLA (1844)

---

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza.

*Don Quijote*, MIGUEL DE CERVANTES (1605)

---

En escena Fernando y Carmina. Ella sube con una lechera en la mano. Él la espera en el ensanche que tiene el primer descansillo.

FERNANDO.

- Carmina...

CARMINA.

- Déjeme...

FERNANDO.

- No, Carmina. Me huyes constantemente y esta vez tienes que escucharme.

CARMINA.

- Por favor, Fernando... ¡Suélteme!

FERNANDO.

- Cuando éramos niños nos tuteábamos --- ¿Por qué no me tuteas ahora? (Pausa). ¿Ya no te acuerdas de aquel tiempo? Yo era tu novio y tú eras mi novia... Mi novia... Y nos sentábamos aquí (señalando a los peldaños), en ese escalón, cansados de jugar..., a seguir jugando a los novios.

CARMINA.

- Cállese.

FERNANDO.

- Entonces tú me tuteabas y...me querías.

CARMINA.

- Era una niña... Ya no me acuerdo.

FERNANDO.

- Eras una mujercita preciosa. Y sigues siéndolo. Y no puedes haber olvidado. ¡Yo no he olvidado! Carmina, aquel tiempo es el único recuerdo maravilloso que conservo, en medio de la ordinariez en que vivimos. Y quería decirte...

que siempre... has sido para mí lo que eras antes.

CARMINA.

- ¡No te burles de mí!

FERNANDO.

- ¡Te lo juro!

CARMINA.

- ¿Y de todas... esas con quién has paseado y... has besado?

FERNANDO.

- Tienes razón. Comprendo que no me creas. Pero un hombre... Es muy difícil de explicar. A ti, precisamente, no podía hablarte..., ni besarte... ¡Porque te quería, te quería y te quiero!

CARMINA.

- No puedo creerte. (Intenta marcharse).

FERNANDO.

- No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas... y que me creas. Ven (La lleva al primer peldaño). Como entonces. (Con un ligero forcejeo, la obliga a sentarse contra la pared y se sienta a su lado. Le quita la lechera y la deja junto a él. Le toma la mano).

CARMINA.

- ¡Si nos ven!

FERNANDO.

- ¡Qué nos importa! Carmina, por favor, créeme. No puedo vivir sin ti. Estoy desesperado. Me ahoga la ordinariez que nos rodea. Necesito que me quieras y que me consueles. Si no me ayudas, no podré salir adelante.

CARMINA.

-¿Por qué no se lo pides a Elvira? (Pausa. Él la mira excitado y alegre).

FERNANDO.

- ¡Me quieres! ¡Lo sabía! ¡Tenías que quererme! (Le levanta la cabeza. Ella sonríe

involuntariamente). ¡Carmina, mi Carmina! (Va a besarle, pero ella le detiene).

CARMINA.

- ¿Y Elvira?

FERNANDO.

- ¡La detesto! Quiere cazarme con su dinero ¡No la puedo ver!

CARMINA.

-(Con una risita). ¡Yo tampoco! (Ríen felices).

FERNANDO.

- Ahora tendría que preguntarte yo: ¿Y Urbano?

CARMINA.

- ¡Es un buen chico! ¡Yo estoy loca por él! (Fernando se enfurruña). ¡Tonto!

FERNANDO.

-(Abrazándola por el talle). Carmina, desde mañana voy a trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos... Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional...

CARMINA.

-(Represiva). ¡Fernando!

FERNANDO.

-Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: Voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año... Como para entonces ya ganaré bastante, estudiare para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un piso limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando ¿quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito.

CARMINA.

-(Que le ha escuchado extasiada). ¡Qué felices seremos!

FERNANDO.

-¡Carmina! (Se inclina para besarla y da un golpe con el pie a la lechera que se derrama estrepitosamente. Temblorosos se levantan los dos y miran asombrados, la gran mancha blanca en el suelo).

*Historia de una escalera*, ANTONIO BUERO VALLEJO

---

(Sale. Dionisio tras el biombo se pone los pantalones de chaqué. Entra don Rosario, el dueño del hotel, vestido absurdamente de etiqueta, con un cornetín en una mano y en la otra una gran bandera blanca. Mientras habla corre por la habitación.)

DON ROSARIO.

– ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio...! ¡Tengo todo preparado! ¡Dese prisa en terminar! ¡Está el pasillo adornado con flores y cadenetas! ¡Las criadas tienen puesto el traje de los domingos y le tirarán "confetti"! ¡Los camareros le tirarán migas de pan! ¡Y el cocinero tirará en su honor gallinas enteras por el aire!

DIONISIO.

– (Asomándose por encima del biombo.) Pero ¿por qué ha dispuesto usted eso...?DON ROSARIO.

– No se apure, don Dionisio. Lo mismo hubiese hecho por aquel hijo mío que se ahogó en el pozo... ¡He invitado a todo el barrio y todos le esperarán en el portal! ¡Las mujeres y los niños! ¡Los jóvenes y los viejos! ¡Los policías y los ladrones! ¡Dese prisa, don Dionisio! ¡Ya está todo preparado! (Sale. Se oye una bonita marcha de cornetín. Aparece Paula con un sombrero de copa en la mano.)

PAULA.

– ¡Dionisio!

DIONISIO.

- (Sale detrás del biombo, con los pantalones del chaqué puestos y los faldones de la camisa fuera.) ¡Ya estoy...!

PAULA.

– ¡He encontrado ya el sombrero! ¡Ya verás qué bien te está! (Se lo pone a Dionisio, a quien le está muy mal.) ¿Lo ves? ¡Es el que te sienta mejor!

DIONISIO.

– ¡Pero esto no es serio, Paula! ¡Es un sombrero de baile!

PAULA.

– ¡Así, mientras lo tengas puesto, pensarás en cosas alegres! ¡Y ahora, el cuello! ¡La corbata! (Empieza a ponérselo todo muy mal.)

DIONISIO.

– ¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Yo no voy a saber qué decirle a ese señor centenario! ¡Yo te quiero con locura!

PAULA.

– (Poniéndole el pasador del cuello.) Pero ¿estás llorando ahora?

DIONISIO.

– Es que me estás cogiendo un pellizco.

PAULA.

– ¡Pues ya está! (Termina. Le pone el chaqué.) Y ahora, el chaqué. ¡Y el pañuelo en el bolsillo! (Le contempla ya vestido del todo.) Pero ¿y la camisa ésta? ¿Se llevan así en las bodas?

DIONISIO.

–(Ocultándose tras el biombo para meterse la camisa.) No. Si es que...

PAULA.

– ¿Cómo es una boda, oye? ¿Tú lo sabes? Yo no he ido nunca a una boda... Como me acuesto tan tarde, no tengo tiempo de ir... Pero será así... ¡Sal ya! (Dionisio sale ya con la camisa en su sitio.) Yo soy la novia y voy vestida de blanco con un velo hasta los pies... Y cogida de tu brazo... (Lo hace. Y se pasean por el cuarto.) Y entraremos en la iglesia..., así, muy serios los dos... Y al final de la iglesia habrá un cura muy simpático, con sus guantes blancos puestos...

DIONISIO.

– Paula, los curas no se ponen guantes blancos...

PAULA.

– ¡Cállate! ¡ Habrá un cura muy simpático! Y entonces le saludaremos... "Buenos días. ¿Está usted bien? ¿Y su familia, está buena? ¿Qué tal sigue el sacristán? ¿Y los monaguillos, están todos buenos?" Y les daremos un beso a todos los monaguillos...

DIONISIO.

– ¡Paula! ¡A los monaguillos no se les da besos!

PAULA.

–(Enfadada.) ¡Pues yo besaré a todos los monaguillos, porque para eso soy la novia y puedo hacer lo que quiera...!

DIONISIO.

– Es que..., tú no serás la novia.

PAULA.

– ¡Es verdad! ¡Qué pena que no sea yo la novia, Dionisio!

DIONISIO.

– ¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Vámonos juntos a Chicago!

DON ROSARIO.

– ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio!

DIONISIO.

– ¡Escóndete! ¡Es don Rosario! ¡No debe verte en mi cuarto! (Paula se esconde tras el biombo.)

DON ROSARIO.

– (Entrando.) ¡Ya está el coche esperándole! ¡Salga pronto, don Dionisio! ¡Es una carroza blanca con dos lacayos morenos! ¡Y dos caballitos blancos con dos manchas café con leche! ¡Vaya caballitos blancos! ¡Ya las criadas están

tirando "confetti"! ¡Y los camareros ya tiran migas de pan! ¡Salga pronto, don Dionisio!

DIONISIO.

– (Mirando hacia el biombo, sin querer marcharse.) Sí..., ahora voy...

DON ROSARIO.

– ¡No! ¡No! Delante de mi... Yo iré detrás ondeando la bandera con una mano y tocando el cornetín...

DIONISIO.

– Es que yo..., quiero despedirme, hombre...

DON ROSARIO.

– ¿Del cuarto? ¡No se preocupe! ¡En los hoteles los cuartos son siempre iguales! ¡No dejan recuerdos nunca! ¡Vamos, vamos, don Dionisio!

DIONISIO.

– (Sin dejar de mirar al biombo.) Es que... (Paula saca una mano por encima del biombo, como despidiéndose de él.) ¡Adiós...!

DON ROSARIO.

– (Cogiéndole por las solapas del chaqué y llevandoselo tras él.) ¡Viva el amor y las

flores, capullito de azucena! (PAULA sale de su escondite. Ve los tres sombreros de copa y los coge... Y, de pronto, cuando parece que se va a poner sentimental, tira los sombreros al aire y lanza el alegre grito de la pista: ¡Hoop! Sonríe, saluda y cae el telón.)

*Tres sombreros de copa*, MIGUEL MIHURA

---

## Las personas curvas

Mi madre decía: a mí me gustan las personas rectas

A mí me gustan las personas curvas,  
las ideas curvas,  
los caminos curvos,  
porque el mundo es curvo;  
y me gustan las curvas  
y los pechos curvos  
y los culos curvos,  
los sentimientos curvos  
la ebriedad: es curva;  
las palabras curvas:  
el amor es curvo;  
¡el vientre es curvo!;  
lo diverso es curvo.  
A mí me gustan los mundos curvos;  
el mar es curvo,  
la risa es curva,  
el dolor es curvo;  
las uvas: curvas;  
los labios: curvos;  
y los sueños, curvos;  
los paraísos, curvos  
(no hay otros paraísos);  
a mí me gusta la anarquía curva;  
el día es curvo  
y la noche es curva;  
¡la aventura es curva!  
Y no me gustan las personas rectas,  
el mundo recto,  
las ideas rectas;  
a mí me gustan las manos curvas,  
los poemas curvos,  
las horas curvas:  
¡contemplar es curvo!;  
(en las que puedes contemplar las curvas  
y conocer la tierra);  
los instrumentos curvos,

no los cuchillos, no las leyes:  
no me gustan las leyes porque son rectas,  
no me gustan las cosas rectas;  
los suspiros: curvos;  
los besos: curvos;  
las caricias: curvas.  
Y la paciencia es curva.  
El pan es curvo  
y la metralla recta.  
No me gustan las cosas rectas  
ni la línea recta:  
se pierden  
todas las líneas rectas;  
no me gusta la muerte porque es recta,  
es la cosa más recta, lo escondido  
dentro de las cosas rectas;  
ni los maestros rectos  
ni las maestras rectas:  
¡libérennos los dioses curvos de los dioses rectos!  
El baño es curvo,  
la verdad es curva,  
yo no resisto las verdades rectas;  
vivir es curvo,  
la poesía es curva,  
el corazón es curvo.

A mí me gustan las personas curvas  
y huyo, es la peste, de las personas rectas.

JESÚS LIZANO

---

## **Mamíferos**

Yo veo mamíferos.  
Mamíferos con nombres extrañísimos.  
Han olvidado que son mamíferos  
y se creen obispos, fontaneros,  
lecheros, diputados. ¿Diputados?  
Yo veo mamíferos.

Policías, médicos, conserjes,  
profesores, sastres, cantautores.  
¿Cantautores?  
Yo veo mamíferos...

Alcaldes, camareros, oficinistas, aparejadores  
¡Aparejadores!  
¡Cómo puede creerse aparejador un mamífero!  
Miembros, sí, miembros, se creen miembros  
del comité central, del colegio oficial de médicos...  
académicos, reyes, coroneles.  
Yo veo mamíferos.

Actrices, putas, asistentas, secretarias,  
directoras, lesbianas, puericultoras...  
La verdad, yo veo mamíferos.  
Nadie ve mamíferos,  
nadie, al parecer, recuerda que es mamífero.  
¿Seré yo el último mamífero?  
Demócratas, comunistas, ajedrecistas,  
periodistas, soldados, campesinos.  
Yo veo mamíferos.

Marqueses, ejecutivos, socios,  
italianos, ingleses, catalanes.  
¿Catalanes?  
Yo veo mamíferos.

Cristianos, musulmanes, coptos,  
inspectores, técnicos, benedictinos,  
empresarios, cajeros, cosmonautas...  
Yo veo mamíferos.

JESUS LIZANO